

CLAUDE E. WELCH Jr. y Arthur K. Smith, *Military Role and Rule*, North Scituate, Mass., Duxbury Press, 1974, XI, 294 pp.

Más de un tercio de los estados miembros de las Naciones Unidas están gobernados por militares. A principios de 1962 sólo un país de Latinoamérica se encontraba sujeto a régimen militar; hoy son once los que tienen gobiernos controlados por las fuerzas armadas. En África, y para el mismo periodo, la cifra saltó de dos a quince regímenes castrenses.

Estas afirmaciones en la introducción del libro que nos ocupa justifican el interés de los autores por intentar una sistematización teórica de las causas del alarmante fenómeno de la toma del poder por parte de las fuerzas armadas, contraviniendo los ideales democráticos de supremacía del orden civil.

El proyecto es ambicioso en extremo. Para apoyar las aseveraciones del enunciado teórico del volumen, se recurre a ejemplificar con cinco casos concretos: Tailandia, Nigeria, Perú, Egipto y Francia. Cada uno de los países estudiados correspondería a uno de los modelos de participación de las fuerzas armadas en el poder político. En cuanto a Tailandia, se refiere al gobierno que una revuelta estudiantil obligó a renunciar el año pasado (hecho éste al que a la fecha se han dedicado pocos esfuerzos analíticos a pesar de ser, tal vez, el primer caso de decisivo triunfo de un movimiento estudiantil); el tailandés tipifica para los autores a un régimen castrense esencialmente de explotación e inercia burocrática. El gobierno de Nigeria pertenecería a la categoría de los militares decididos a la reforma moderada, mientras que los peruanos serían el prototipo de los militares neorrevolucionarios; para Egipto la clave es el esfuerzo de modernización acelerada en un momento de enfrentamiento bélico, excepcional en los países en desarrollo. Finalmente, el ejemplo francés muestra el conflicto en una metrópoli cuando el gobierno civil decide la descolonización sin el apoyo de las fuerzas armadas del ex-imperio.

Como era de esperar, dados los amplios objetivos del estudio, la narración de los casos concretos adolece de generalizaciones poco matizadas. Resulta interesante observar cómo la objetividad buscada por los autores se ve con frecuencia obstaculizada por la aceptación tácita de buen número de estereotipos norteamericanos respecto a lo que son los países subdesarrollados.

La primera parte del volumen, dedicada al análisis del papel de los militares en el proceso político es la más atractiva. En ella se llega a una enumeración de "sugerencias" respecto a las posibles causas que generan la participación política de los ejércitos fuera del marco de sus atribuciones constitucionales.

Los países en vías de desarrollo tienen pocos conflictos bélicos del orden tradicional. Fuera del mundo árabe y su enfrentamiento con Israel, difícilmente podría afirmarse que la función básica de las fuerzas armadas de los países pobres es la defensa de la integridad territorial del Estado

ante amenazas externas. Welch y Smith señalan atinadamente que esta situación *sui generis* casi obligadamente inclina a los militares "subdesarrollados" a la participación en la política interna de sus países. A partir de ese momento se entabla el conflicto con los políticos civiles que consideran la intromisión del orden castrense como inadmisibile.

Otra consideración de primera importancia lo constituye el hecho de que en sociedades esencialmente desorganizadas, las fuerzas armadas tienen un espíritu de disciplina y cohesión muy superior al de los partidos políticos. Este hecho, aunado a la transferencia de la obligación básica del ejército de la protección externa a la salvaguarda del orden interno, hace inevitable la participación activa de los militares en la política.

Los políticos civiles no están, sin embargo, libres de culpa. En los países en desarrollo, los gobiernos parecen no resistir la tentación de utilizar a las fuerzas armadas en funciones policíacas. El señalamiento de este fenómeno es uno de los puntos relevantes de *Military Role*. Los autores afirman que en este proceso de alteración de las funciones castrenses se encuentra una de las fuentes más propicias para el golpe de Estado militar. En efecto, la cultura del soldado lo hace verse a sí mismo como un defensor de la Patria y de las instituciones nacionales; le repugna el que se le convierta en gendarme del orden establecido. Los gobernantes civiles recurren al ejército para sofocar el descontento popular; en esos casos la reacción de la ciudadanía contra las fuerzas armadas es generalmente muy negativa. De ahí resulta que ante lo que los militares consideran errores e incapacidad para gobernar de los civiles decidan en un momento tomar el poder.

El libro contiene un útil apéndice estadístico sobre los gastos mundiales en armamento, dividido por áreas geográficas. La tipificación de los diversos países de acuerdo con el nivel de participación de las fuerzas armadas en el proceso político es atrayente, pero debatible. Parece concentrarse en el problema de la sujeción de los militares al orden civil, olvidando las relaciones de propiedad existentes en cada sociedad y la presencia de complejos industriales estrechamente vinculados a la producción de armamentos. De ahí que, según los autores, las fuerzas militares de los Estados Unidos resulten las más apolíticas del mundo cuando no es secreto para nadie la existencia del "pentagonismo" y su repercusión no sólo en la vida estadounidense, sino en el proceso político de las sociedades subdesarrolladas a las que el estudio dedica su atención central.

JORGE ALBERTO LOZOYA

BERNARD BRODIE, *War & Politics*, New York, Macmillan, 1973, 514 pp.

Para Brodie, la interrogante del por qué de la lucha militar debe dominar cualquier consideración en cuanto a los medios. Al situar a la